MEMORIAS DE UNA MONEDA DE ORO

JOSÉ DE ECHEGARAY

Freeditorial

MEMORIAS DE UNA MONEDA DE ORO

En la habitación más obscura de una miserable casa, vivienda sombría de un usurero de los más rapaces, y como agazapada en un rincón, encajaba un arca de hierro de ángulos reforzados y triple cerradura.

En esta férrea tumba de todo sentimiento humano guardaba el mal hombre sus caudales, que eran muchos y sólidos: plata, oro, billetes y buen número de escrituras más firmes y más reforzadas con todos los candados y cerrojos de la Ley, que el negro arcón de las tres llaves.

Todas las noches entraba el usurero a hacer el arqueo de sus riquezas, por si alguna se le había escapado por las junturas de las planchas metálicas.

Y cuando salía del negro cuartucho, se colaba el diablo por debajo de la puerta laminando diabólicamente su peludo cuerpo; y cuando estaba dentro, hinchábase como muñeco de goma, hasta recobrar sus dimensiones propias. Entonces se le encendían los ojos verdosos, como linterna sorda; con la punta del rabo, a modo de infernal ganzúa, abría las tres cerraduras del arca y, como antes el usurero, hacía el ángel de la noche el recuento de las varias riquezas para poner en regla y al día la contabilidad de infamias, robos y maldades.

En cierta ocasión y al contar las monedas, rozó con la acerada uña de sus ganchudos dedos una pieza de oro; y la hermosa del dorado brillo se quejó de aquel maltrato a que no estaba acostumbrada.

Como el diablo de nada se extraña, porque ha visto mucho en este mundo y en el otro, no se extrañó de que la moneda hablase; y entre el dorado centén y el enemigo malo se entabló un amistoso diálogo, de cuyas resultas la moneda le contó sus aventuras al protervo y aun le rogó que le sirviera de amanuense para escribirlas.

Consintió Satanás, que cuando no le va en ello la salvación de un alma es complaciente y hasta bondadoso; y las *Memorias* de la áurea pieza quedaron consignadas por escrito.

Andando el tiempo, aquellas *Memorias* desaparecieron, o porque las devoró el incendio, o porque alguien se las llevó creyendo que eran papeles de importancia, o porque se las llevó el mismo diablo, que había servido de amanuense, para entretener sus ocios en el infierno, o por otro motivo cualquiera que ignoramos, y sólo quedaron algunas hojas, que interpretadas más que leídas, porque el diablo tiene muy mala letra y en nada le gusta ni la claridad ni la limpieza, dicen como sigue:

Y aquí habla la moneda de oro.

…Pues en aquel verano me llevó al campo un señorito de la corte. Y en el bolsillo

de su chaleco estaba yo muy tranquila, cuando al cruzar mi dueño una heredad, como más acostumbrado a atravesar salones alfombrados que toscos y desiguales terruños, tropezó y cayó, y con la sacudida salté del bolsillo y caí también.

Él se levantó maldiciendo del campo y se fue cojeando; y yo me quedé perdida en el hueco de un surco.

¡Qué mal lo pasé! ¡Y cuánto sufrí!

¡Qué dolores, qué penas, qué soledades, qué tristezas y qué humillaciones!

Mi exquisita, delicada y aristocrática naturaleza, ni estaba acostumbrada ni se acostumbró nunca a aquella vida del terruño.

Sufrí vientos que empolvaron mi bruñida superficie.

Sufrí lluvias, que no puedo decir que me calaron hasta los huesos, porque nunca los tuve, pero que me molestaron lo que no es decible. Y como llevo adherida a mi esencia incorruptible una maldita liga, hasta tuvieron las aguas la pretensión de oxidarme; y si no sufrí catarros y reumas fue por lo robusto de mi naturaleza, que por lo demás la intemperie hizo lo que pudo para que yo enfermase.

Luego, el campo está lleno de mil bichos asquerosos que me trataron con tan poco respeto —a mí que soy de raza real y que llevo en mi cuño armas gloriosas y motes divinos—, como pudieran tratar a cualquier pedrusco miserable o a cualquier montoncillo de tierra.

Y vinieron las labores del campo, y de lo lindo me zarandearon toscos y estúpidos gañanes con sus patazas sucias y con sus rudos y crueles instrumentos de labranza.

Más de una vez el golpe de una azada me hizo ver las estrellas y me rompió uno de los primorosos cordones que me adornan.

¡Que no hubo dolor que no hiciera vibrar mis fibras, ya que no mis nervios, ni afrenta que no sufriese!

Cuando palas y azadones se iban y descansaba malamente durante la noche contra un guijarro y abrigada por un terrón, rompía de pronto la mañana, odiosa para mí, porque jamás había visto amanecer, y me encontraba con la reja del arado que brutalmente me revolvía, y entre pedruscos y raíces y malas hierbas me arrastraba por el surco o me arrojaba a un lado.

Y a la vuelta siguiente era peor; porque uno de los bueyes, animal pesado y grosero, que yo no había visto nunca, y que sólo en tener cuatro patas se parece a los nobles caballos de un tronco inglés o a los de pura raza por los que tantas veces había apostado en las carreras; un buey, repito, de los que tiraban del arado, tuvo el atrevimiento de plantarme encima su enorme y grosera pezuña; ¡y esto a mí, que había sido acuñada por fino troquel labrado por primoroso artista con todos los lujos de la heráldica monetaria!

Pues el animalote enorme me pisoteó sin compasión, haciendo fuerza sobre mi dorada rodaja para tirar del arado, y meneando la sucia cola, acaso en señal de triunfo.

¡Mas ay!, que con su compañero aún lo pasé peor.

Jamás he sufrido humillación semejante. Al recordar aquella afrenta vibran todos los átomos de mi ser; y con ser áurea mi esencia, enrojezco y me desespero.

Pasaba por encima de mí aquel animal grosero, con sus cuernos sujetos al yugo, con su aparente mansedumbre, con su tardo caminar. Y pasó todo él, y ya me creí libre de su contacto repugnante.

Un momento más y habría pasado el monstruo del todo. Miré hacia arriba y estaba a plomo de su cola sucia y enmarañada.

Pues aquel fue el momento que escogió la bestia inmunda para arrojar sobre mí, como impura catarata, todas las heces de su bestial desprecio.

¡Sí, yo, oro puro y brillante; yo, la del noble cuño y el sin igual troquel; la de las artísticas líneas, me vi de repente envuelta, no en otras pastas de oro, sino en las pastosas miserias de una enorme bestia, que cree cumplir su deber tirando de un arado y estercolando los campos!

¡No sé qué pasó por mí! Quedé inmóvil: el rojo de mi faz, por caso de fuerza mayor era ya verdoso, y la inundación del cornudo cuadrúpedo me apretaba contra la tierra como troquel asqueroso. Pasó la yunta y se alejó el arado, y de tal modo me dejó, que no me hubieran conocido ni los auríferos placeres en que nací, ni la pepita que me llevó en su seno, ni el crisol en que me derritieron, ni los acerados troqueles, que en tiempos felices y lejanos me dieron artística forma.

Así pasaron horas y horas de tormento y afrenta, y hubieran pasado muchas más si no hubiera acertado a cruzar por allí un perro de ganado, que por piedad o por golosina me limpió con su lengua de escarlata.

En otra ocasión, a insulto hubiera tenido el contacto de aquella generosa lengua, que al fin era la de un perro ordinario. Pero en tales abismos de desdichas había caído, que por acción noble tuve la de aquellos blandos y calientes lengüetazos.

Y hay que confesar que el perro me dejó que daba gusto verme.

Con los acentos más puros de mi noble esencia metálica le di las gracias; y él, aunque tosco, con toda la ruda cortesía que cabe en un mastín, me replicó en forma de gruñido.

Y yo, como noble moneda de oro, con vocecilla aristocrática; y él, como villano de buen natural, con su áspera garganta, nos comunicamos nuestros pensamientos.

Yo le relaté mis desdichas, y él trató de explicarlas; y no dejó de chocarme su

cultura, impropia de su condición humilde y hasta salvaje.

No es que sus razones me convencieran; pero me chocó lo astuto, ya que no lo profundo de su argumentación.

Toscamente se expresaba y ásperos eran sus gruñidos, como lenguaje de campesinos y cabreros; pero allá en el fondo descubría yo ciertas malicias burlonas, a las que cortésmente replicaba y con paciencia sufría por el bien que había recibido del simpático can.

Él quería darme a entender que mis desdichas, humillaciones y afrentas, incluyendo la última, no iban dirigidas personalmente contra mí; que más bien debía considerarlas como formas simbólicas de esa protesta eterna del trabajo penoso contra el lujo refinado, en la eterna evolución de la vida social.

Claro es que el perro no se explicó de este modo, ni él entendía de simbolismos y evoluciones; pero en el fondo de sus ladridos algo así quería dar a entender. Y yo que he visto mucho, que he visitado talleres y bancos, gente rica y gente aristocrática, damas elegantes y caballeros del *sport*, obreros y sabios, pródigos y avaros; yo que he recorrido, en suma, todas las clases y todas las esferas de la sociedad, aunque hace mucho tiempo que no las recorro porque el noble metal de que estoy fabricada escasea; yo que en mi retiro medito y descanso mientras trabajan por mí unas cuantas tiras de papel, mejor o peor grabadas, a que llaman *billetes*; yo, en fin, sé y comprendo lo que el perro quería decirme con sus groseros gruñidos y ladridos destemplados. Sí: en parte tenía razón. Era la protesta del campesino contra el cortesano, del trabajo tosco contra mi noble trabajo; de la necesidad primitiva contra el lujo refinado; eran bocanadas verdes de bilis empujadas por el espasmo de la fatiga sobre mi dorada superficie por tanto tiempo inmaculada y acariciada más de una vez por dedos finísimos y por destellos de pedrería.

Por de contado que yo quise defenderme y quise replicar, y a los gruñidos del mastín opuse mi vocecilla pura y más que argentina porque era aurífera. Pero el mastín se empeñó en no comprenderme.

¡Es que yo también soy producto del trabajo!, le decía. ¡Es que yo también contribuyo a la civilización universal! ¡Es que si yo te contase mi historia, te probaría que soy mucho y que valgo mucho, y que si hay en mi vida malas acciones, que en este surco y sufriendo afrentas de mal educados bueyes estoy purgando hace más de un año, en cambio hay páginas nobilísimas en mi larga peregrinación desde aquella divina California a este maldito terruño.

Y quise explicarle lo que yo era y lo que yo había hecho, y le rogué que me cogiera con sus blancos dientes y me llevara a su amo; pero el perrazo, aunque no era de mala índole, era grosero. No me hizo caso; lanzó un último gruñido, meneó el rabo a modo de despedida, salió a la carrera, y no le vi más.

Con lo cual me quedé en el campo y continuó la cadena de mis desdichas.

Por entonces vinieron grandes lluvias. Menos malo. El agua es limpia, y los

chaparrones del cielo son más puros que los chaparrones de ese animal monstruoso que se llama buey, cuando el forraje de primavera da pretexto a las hazañas de su mala educación.

El agua del cielo es pura: es verdad. Pero es impura la tierra, que con la lluvia se convierte en barro, lo cual no hice yo nunca. Pero ello fue que en barro estuve metida quince días; en barro sucio y pegajoso, como en él se embute cualquier innoble guijarro.

Después cayó una gran nevada, y un manto blanco y purísimo me cubrió.

Aquello fue un consuelo para mí. Me pareció que la real imagen de mi cuño se vestía de armiño. Era un manto inmenso que llevaba sobre mis hombros postizos y que se extendía majestuoso por toda la heredad.

Fue un consuelo para mí, pero que duró poco.

¡Quién me sacará de este desierto!, pensaba yo. ¡Cuándo volveré a la civilización, cuándo trataré con personas cultas!

Pero nada. Siempre en el surco.

Y al fin llegó la siembra.

Un gañán vino arrojando puñados de trigo.

Uno de aquellos granos cayó junto a mí y nos miramos cara a cara. Es decir, él me miró la mía, porque yo la tengo por la gracia de Dios; pero yo no le pude mirar la suya, porque no la tenía. Era una pepita chiquituela, de forma vulgar, sin letrero ni en latín ni en castellano; sin armas reales ni nacionales; sin el toisón de oro que tan bien les sienta a los de mi estirpe. Y a pesar de la lisura y vulgaridad de todo su ser, el granillo era orgulloso, más orgulloso que yo, y me miraba con una mezcla de curiosidad y desprecio.

Tal vez porque era dorado el pequeñuelo pretendía compararse conmigo. Así me dijo más tarde que los poetas se deshacían en versos al hablar de la *dorada espiga*.

¿En qué quedamos?, repliqué. Esto de tener superficie dorada, ¿es bueno o es malo? El trigo es dorado; pero el oro no es dorado, que es oro.

De aquí resultó una viva polémica entre el larguirucho grano de trigo y mi redonda y noble persona.

Una disputa más viva, más ardiente, más enconada, más profunda que la que había sostenido algunos meses antes con el mastín.

Pero el grano de trigo no se me podía escapar como el mastín se me escapó. Tenía que oír mis razones; tenía que rebatir mis argumentos; y a fe que los suyos eran formidables; pero yo nunca me di por vencida.

Frente a frente estábamos el dorado grano de trigo y la moneda de oro: él y yo; y de este modo argumentábamos.

Mas aquí acaba la única hoja que se pudo encontrar de las *Memorias* dictadas por la moneda de oro y que tuvieron por amanuense al diablo.

Si al fin algún erudito da con la hoja siguiente, sabremos lo que dijo el grano de trigo y lo que la moneda contestó.

Freeditorial